

Colón

No sabemos qué sucedió esta vez con la máquina del tiempo, pero el caso es que aparecimos en la bodega de un barco. Estaba muy oscuro, así que no podríamos decir de qué barco se trataba ni en qué época estábamos.

Debido a la escasa luz que se filtraba por una rendija y a que nuestros ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, comenzamos a identificar algunos de los objetos que allí había y a darnos cuenta de cuál era nuestra situación.

En principio, no parecía que estuviésemos navegando. Utilizamos un mechero que llevaba Enol para echar un vistazo a nuestro alrededor. Estábamos entre montones de cajas, cestos y otros bultos. En una caja pudimos ver claramente el nombre de “Palos de Moguer”.

-Chicos, estamos en un puerto de la provincia de Huelva, en el sur de España -afirmó muy seguro Manuel, gran aficionado a la Geografía y a los viajes.

-Sí -confirmó Loreto, segura de lo que decía, pero como si pidiera perdón por saberlo-. Es el puerto de la ciudad de Palos de la Frontera, de donde salió Colón cuando descubrió América.

-Entonces, si estamos en esa época -se asombró Sara-, hoy es día 3 de agosto de 1492, justo la fecha en la que zarpó Colón.

-¡Jope! -exclamó Jorge- ¡Pues menudo lío en el que estamos metidos! Ya podemos prepararnos a estar dos meses y pico encerrados en esta carabela.

-¿En cuál de las tres estaremos? -preguntó Alberto con gran curiosidad.

-¿De qué tres hablas? -le interrogó Enol, tan despistado como siempre.

-De las tres carabelas que llevó Colón a América -le aclaró su amigo Alberto-: la Pinta, la Niña y la Santa María.

-Pronto lo sabremos -comentó Iván-. En cuanto oigamos al capitán dando órdenes, nos daremos cuenta.

Pero por el momento, el barco no se movía, y lo que podíamos oír era un gran bullicio que parecía provenir del muelle.

Illán y Juan tuvieron la misma idea al mismo tiempo: Se subieron a un montón de cajas para mirar por la rendija por la que se colaba el único rayo de luz que teníamos. Bajaron al poco tiempo, quitándose la palabra el uno al otro, hasta que por fin se pusieron de acuerdo para contarnos lo que habían visto:

-Hay un “mogollón” de gente -decía Illán.

-Sí, sí, y todos cargados con cajas -completó Juan.

-Es de noche, pero hay antorchas, y se puede ver al fondo una ciudad.

-Sí, pero muy diferente a las ciudades de nuestra época.

Como todos queríamos verlo con nuestros propios ojos, fuimos turnándonos para trepar hasta la rendija que, por el momento, parecía nuestro único medio de comunicación con el mundo.

El bullicio y la agitación del muelle continuaron durante tanto tiempo que todos terminamos durmiéndonos. Cuando despertamos, había un poco más de claridad en la bodega, aunque no demasiada. El balanceo del barco era evidente, por lo que en seguida supimos que estábamos en alta mar.

Teníamos que trazar un plan, pero antes había que llenar nuestros estómagos, cosa que no resultaría difícil, puesto que estábamos en el almacén de las provisiones. Satisfecho nuestro apetito, Elena comentó en voz alta:

-Tarde o temprano, terminarán encontrándonos. Ahora deben estar sacando la comida de otra bodega, pero cuando empiecen a buscarla aquí, nos descubrirán.

Casi no había terminado de hablar Elena, cuando un enorme rayo de luz, acompañado de un gran estruendo, nos dejó a todos boquiabiertos mirando hacia arriba y contemplando la silueta de unos cuantos marineros que, al vernos, sin duda debieron quedar tan sorprendidos como nosotros.

Durante unos segundos, todos enmudecimos. Después, los marineros se precipitaron sobre nosotros y, aprensándonos con fuerza, nos llevaron en volandas hasta el capitán.

-¿De dónde salís, mocosos? -preguntaba uno de ellos con cara de muy pocos amigos.

-¡Ay, ay! ¡Bruto! -se quejaba Marta.

Ángela no pudo contenerse y, sin pensarlo dos veces, le arreó una patada al hombre que la llevaba cogida por los brazos.

-¡Diablos! ¡Por todos los demonios! -gritó el marinero, reprimiendo la tentación de tirar a Ángela por la borda.

Nos arrojaron al lado de la escalera que subía al puente de mando del capitán. Al poco tiempo, éste bajó, y después de mirarnos como si no creyera lo que estaba viendo, dijo con voz fuerte, acostumbrada sin duda a mandar:

-¿Se puede saber qué hacéis aquí?

Silencio. Nadie se atrevía a contestar, ni siquiera a mirar hacia arriba.

-No temáis, no os voy a hacer nada, pero soy el capitán y debo saber en todo momento lo que sucede en mi barco.

Fue Beatriz quien, a pesar de su timidez, se atrevió a decir:

-Es que... -tartamudeó- ... es que... -pero en ese momento, levantó la cabeza y no pudo contenerse- ¡Colón! ¡Es Colón!

Todos levantamos la mirada y, efectivamente, pudimos contemplar, con nuestros propios ojos, la figura de Cristóbal Colón, el hombre que descubrió América cuando pretendía llegar hasta la India.

El capitán abandonó su seriedad y no pudo hacer otra cosa que reírse de nuestras caras de asombro. Entonces, ordenó a sus hombres que volvieran a la faena, mientras él nos invitaba a subir al puente.

Sentados tranquilamente, mientras degustábamos algunos alimentos, le contamos a Colón que éramos polizones y que estábamos tan seguros de que iba a tener éxito su aventura, que decidimos acompañarle.

Quedó un poco extrañado por las ropas que llevábamos, pero finalmente nos creyó. Por supuesto, a ninguno de nosotros se nos ocurrió mencionar nada

relacionado con la máquina del tiempo, pues estábamos seguros de que nadie nos iba a creer.

A partir de aquel momento, los días se hicieron más agradables. Los marineros no resultaron tan brutos como parecían cuando nos descubrieron en la bodega. Por nuestra parte, para que nadie se sintiera incómodo con nuestra presencia, procuramos no molestar y tratar de ayudar en algunas faenas, por ejemplo, limpiando la cubierta, llevándole agua al cocinero o echándole una mano con los preparativos de la comida.

Llevábamos ya ocho semanas de viaje. Los alimentos comenzaban a escasear y el agua se estaba pudriendo. La situación era bastante complicada. Un día, de madrugada, nos despertaron unas voces. Era el capitán Pinzón, el dueño de las tres carabelas, que discutía con Colón:

-¡Nos habéis engañado! ¡Nunca llegaremos a ninguna parte! Hace más de una semana que sobrepasamos las setecientas cincuenta leguas a las que vos decíais que deberíamos haber encontrado tierra.

-Calmaos, Pinzón. La situación es delicada, pero ya queda poco. Estoy seguro de que pronto encontraremos tierra.

-Pues decídselo vos a la tripulación. Están a punto de amotinarse.

Después salimos a la cubierta y, desde la popa, pudimos escuchar lo que Colón decía a sus hombres:

-No os desaniméis. Los alimentos y el agua son escasos, pero pronto os podréis hartar. Estoy seguro de encontrar tierra en pocos días. Ofrezco un jubón para el marinero que descubra tierra, y 10.000 maravedíes al año, de por vida.

El discurso pareció hacer efecto. Los ánimos se calmaron. Desde la torreta del palo mayor, un hombre vigilaba día y noche, hasta que un día, mientras todos dormíamos desfallecidos, una nube de mosquitos se arremolinó alrededor de las antorchas que iluminaban el barco, e incluso tuvieron la osadía de plantarnos algunos picotazos. Pero aquello era señal inequívoca de que la tierra estaba cerca.

La espesa niebla no nos dejaba ver nada. Un marinero voceaba la profundidad cada pocos segundos:

-¡Cien pies, noventa y nueve, noventa y ocho...!

Iba disminuyendo, así que era evidente que nos aproximábamos a la costa. Sin embargo, la tensión reinaba entre nosotros, nadie movía ni un solo músculo. De pronto, la cortina de niebla se descorrió ante nuestros ojos y un verde paisaje apareció como por arte de magia al tiempo que oíamos la voz del vigía gritando ¡Tieeerraaaa!

Todos saltamos de alegría, fundiéndonos en un abrazo y voceando sin parar:

-¡Tierra! ¡Tierra!

Después de dos meses y medio, el 12 de octubre de 1492, descubrimos América con Cristóbal Colón. Dudamos mucho que nuestros padres y nuestros amigos y amigas de Candás pudieran creernos cuando volviéramos y se lo contáramos.

Araucos

Estábamos en una pequeña isla, a la que Colón dio el nombre de San Salvador. Sin duda, nos había salvado de una muerte segura, pues si no llegamos a encontrarla, moriríamos víctimas del hambre o del **escorbuto**.

Sin embargo, nosotros ya sabíamos de antemano que todo saldría bien. ¡Ventajas de vivir en el siglo XXI!

Acompañamos a la expedición de Colón y sus hombres a través de la selva que se extendía a pocos metros de la arena de la playa. En cada rincón, en cada árbol, en cada planta, nos esperaba una sorpresa: aves exóticas de llamativos colores que producían sonidos estridentes, serpientes de todos los tipos y tamaños, unas venenosas y otras no tanto, monos...

Unos cuantos hombres abrían paso entre la maleza a machetazos. La humedad era insoportable: teníamos la ropa pegada al cuerpo, y esa sensación resultaba bastante incómoda.

De repente, oímos un grito, y vimos cómo uno de los hombres de la expedición caía al suelo, retorciéndose de dolor. Nos acercamos y vimos una mordedura de serpiente en su cuello, al tiempo que echaba una espuma blanca por la boca. Nada podíamos hacer, salvo enterrar allí mismo su cadáver.

Carlos resoplaba y no paraba de repetir:

-¡Uf! ¡Qué poco faltó, chaval!

-¿Poco para qué? -le preguntábamos todos.

Pero con la excitación, él seguía diciendo, mientras señalaba con sus dedos:

-¡Así! ¡Sólo un poco así!

-¡Carlos, reacciona! ¿De qué estás hablando? -le dijo Daniel.

Finalmente, logró tranquilizarse a medias y aclaró:

-El tío... el tío... que la "palmó"... iba delante de mí. La serpiente le lanzó el picotazo a cinco centímetros de mis narices... ¡Menudo bicho, chaval! Si me llega a morder...

No pudimos evitar una sonrisa, a pesar de lo trágico del momento.

Mientras daban sepultura al cadáver, creo que a todos nos estaba asaltando la misma preocupación: ¿qué hubiera pasado si en lugar de ser un marinero hubiera sido uno de los nuestros? ¿Cómo podríamos regresar al año 2007 diciendo que Carlos había muerto en las Indias? Aunque, por otra parte, si metiésemos el cuerpo en la máquina del tiempo, ¿resucitaría al llegar a nuestra época?

La expedición continuó su camino y, cuando ya estábamos prácticamente agotados, una tribu india nos cerró el paso.

Quedamos tan sorprendidos como ellos. Durante largos minutos, nos quedamos mirando, en tal silencio que se oía hasta la respiración, sin que nadie se atreviera a dar un paso. Finalmente, el que parecía el cabecilla de la tribu, se adelantó y empezó a mirarnos de cerca, como si estuviese comprobando que no se trataba de un sueño.

Los demás también se acercaron y nos rodearon, palpándonos el pelo, la ropa, las mochilas...

Andrea estaba un poco asustada y decía:

-¡A ver si son caníbales!

-No te preocupes, Andrea -le tranquilizaba Alba-, son indios "arauacos", y son pacíficos.

-Ya -decía Andrea poco convencida- ¿Y los arcos y las flechas?

-¡Que no hacen nada! Las armas sólo las usan para cazar.

-¿Y tú qué sabes?

-Que lo sé porque lo vi en un CD-ROM que mi padre tiene sobre los exploradores -afirmó con contundencia Alba.

-A partir de aquel momento, Andrea resopló aliviada y los demás, que estábamos escuchando la conversación, también nos sentimos más tranquilos.

No obstante, se produjo un momento de alta tensión cuando uno de los niños se acercó a Colón y, al tocar el filo de su espada, se hizo una herida en la mano, manando abundante sangre.

Elena, demostrando una valentía que aún no conocíamos, se apresuró a curar la herida, sacando de su mochila todo un botiquín: agua oxigenada, gasas, betadine...

Todos quedamos estupefactos viendo la reacción de Elena, pues actuaba como si fuese una enfermera profesional.

El caso es que aquel episodio sirvió para que la tribu de los arauacos nos tratara como a verdaderos amigos. Nos condujeron al poblado, presentándonos entre risas y gestos de agradecimiento.

En el poblado, las mujeres nos prepararon carne y pescado en una especie de barbacoas, todo ello acompañado por pequeños "tropiezos" blancos y negros que no sabíamos qué eran, pero que estaban riquísimos. También nos dieron tortas de maíz. Entonces Alba comentó:

-¡Hombre, maíz! Esto no lo conocen Colón y los suyos, porque en Europa no lo hay.

-¿Sabéis qué son esas "cositas" negras y blancas -preguntó Sara con cierto tono de sorna.

-No sé -dijo Carla-, pero están para chuparse los dedos.

-Si os digo lo que son, no os relameríais tanto -añadió Sara.

-¿Qué son?, ¿qué son?... -preguntó con ansiedad Andrea, que era de lo más escrupuloso para casi todo, especialmente para la comida.

-Pues... -se hacía de rogar Sara-. Pues...

-Pues qué, dílo de una vez -apremió Jorge con la boca llena de aquel desconocido alimento.

-Pues me temo que son gusanos blancos e insectos, posiblemente termitas.

-¡Puuuuuaaaaggg! -escupió Jorge, saliendo disparada la comida de su boca como si se fuese a envenenar en ese mismo instante.

A los más “tiquismiquis” se les revolieron un poco las tripas, pero hay que reconocer que es lo mismo comer termitas que otra cosa. Lo único que importa es que sepa bien.

-No os preocupéis -dijo Daniel con voz tranquilizadora-. Yo leí que hay muchos animales que comen termitas y además son su comida preferida. Así que nosotros también podemos comerlas. Además... ¿no decíais que estaban buenísimas? ¿Por qué vamos a cambiar ahora de opinión?

Una vez finalizada la comida, los indígenas encendieron una especie de pipas y ofrecieron tabaco a Colón y a sus hombres. Sin embargo, ellos no lo conocían y se mostraron algo reticentes.

-Tabac, tabac... -decían los indios, al tiempo que les ofrecían una pipa. Colón y los suyos aceptaron la invitación, pero en cuanto tragaron la primera bocanada de humo, comenzaron a toser sin parar.

Los arauacos se reían a carcajadas al ver las cómicas caras de los marineros.

En aquel momento, recordamos que el tabaco era uno de los productos que los europeos habíamos traído de América, junto con el maíz, la patata y otros muchos.

Todo iba francamente bien: los arauacos eran muy hospitalarios y no sabían qué hacer para que estuviésemos contentos. Durante los días que estuvimos en el poblado, aprendimos cosas que en la escuela y en el siglo XXI nunca podríamos aprender: fabricamos cacharros de cerámica con un barro especial recogido de la ribera del río, usamos los arcos y las flechas para cazar lo que íbamos a comer, las mujeres nos dieron lecciones sobre cómo preparar la **mandioca**, rascándola y remojándola para quitarle el veneno, y después hacer unas tortitas riquísimas...

Así transcurrieron los días hasta que Pinzón se puso enfermo de unas fiebres extrañísimas. Tal vez fue la malaria u otra enfermedad tropical, pero nosotros no podíamos hacer nada. El curandero del poblado le dio todo tipo de pócimas, todos sus habitantes imploraron a Yocahu, el dios principal de los arauacos, llevándole numerosas ofrendas y... finalmente, Colón decidió regresar a España, dejando algunos hombres en las islas.

Nosotros regresamos con ellos, pero no esperamos a llegar a España. A pocas millas de la costa, decidimos hacer uso de la máquina del tiempo.